

Mucho se ha escrito sobre la manera de hacer la guerra; bastante menos sobre los procedimientos y medios de evitarla, y muy poco sobre lo que ella es en el fondo como fenómeno social. Sin embargo, nada más útil para los que quieran hacerla,

EXEGESIS DE LA GUERRA



General (R) DOMINGO ESPINEL

como para quienes buscan la paz perpetua y universal, que descubrir su esencia real, sus causas fundamentales, sus formas, relaciones y funciones como actividad humana.

Con el propósito de dominar el cáncer se han creado innumerables institutos y laboratorios donde se han gastado y se gastan incontables cantidades de dinero; pero en este estudio de la guerra, el mayor de los flagelos de la humanidad, su análisis se ha limitado a las reflexiones de unos pocos sociólogos que no han llegado a conclusiones ciertas y definitivas.

Así como los microbiólogos examinan bacilos, virus y bacterias hasta en sus más recónditas manifestaciones, con el propósito de reaccionar contra los dañinos y aprovechar los beneficiosos, también la guerra que produce más víctimas que las espantosas epidemias merecería sus organizaciones de investigación.

Quizá la causa por la cual no se ha emprendido este estudio, es por que se considera la guerra como acto voluntario que depende exclusivamente de los hombres el hacerla o dejar de hacerla. Así considerada se le ha dado

el mismo tratamiento que los actos individuales que se regulan con reglamentos y códigos. En infinidad de ocasiones la historia ha desmentido a los juristas que pretenden asimilar la guerra a una querrela, pelea o duelo entre individuos, y por analogía con el Código Penal o con los contratos de derecho privado quieren tratarla con pactos, tribunales y leyes internacionales. Por eso han redactado especies de códigos de policía para los estados, y también han pretendido reglamentarla con los principios del Código del Honor que rige los duelos individuales. Pero es posible que esta actividad colectiva de la guerra no tenga la esencia y presente características diferentes de los actos individuales que indiquen un tratamiento también diferente. Quizá la voluntad aislada de los individuos tiene algunas diferencias con la voluntad colectiva de los estados que son los que hacen la guerra. Tampoco es absolutamente cierto que la guerra sea acto voluntario de los estados, pues no son raros los casos en que se ven obligados a resistir una agresión inesperada.

Opiniones sobre la guerra.

Son muchos los escritores que han reprobado y vituperado la guerra pero no son menos los que la han ponderado y alabado hasta santificarla, y para quienes el Ser Supremo ha sido el "Señor de los Ejércitos". Sin hablar de la Revolución de los Angeles, desde el comienzo de la humanidad cada facción contendiente ha considerado su guerra, justa y hasta santa porque se hace contra los injustos, los infieles, los herejes, los abusivos, los malos que son siempre los opuestos contendores. Sin embargo, con frecuencia la guerra no ha sido favorable a quienes creyeron firmemente en la justicia divina de su causa, lo que explica el motivo de esta copla española:

"Llegaron las sarracenos
Y nos majaron a palos,
Que Dios protege a los malos
Cuando son más que los buenos".

Es notable el puesto que la guerra ocupa en las cosmogonías y mitologías primitivas y el carácter altamente loado de la actividad guerrera que los dioses practicaban acompañando a los humanos en uno y otro de los bandos enfrentados. Los poemas épicos del Ramayana están en gran parte consagrados a la relación de combates entre dioses, monstruos y algunos animales. Entre los griegos, Apolo, Zeus, Palas, Marte y casi todos los dioses voladores del Olimpo tomaban parte en los combates terrestres como apoyo aéreo de la época. Solo debemos abonar a los chinos el que tuvieron una mitología pacifista y que el budismo es antiguerrero. Cuenta el Antiguo Testamento que fue por orden de Jehová y con ayuda de sus milagros que los Israelitas conquistaron la Tierra Prometida y mataron, expulsaron o dominaron a sus anteriores ocupantes. El Corán en la Sunna 9 versículo 27 prescribe: "Haced la guerra a los que no creen en Dios".

A pesar de las guerras por el poder temporal de los pontífices, de las Cruzadas y de las campañas contra los herejes, el Cristianismo en su doctrina rechaza la guerra, y el dogma de la "No violencia" fue suyo antes de que lo predicaran Gandhi y Tolstoi. Sin embargo, San Agustín y Santo Tomás justifican las guerras según causas y circunstancias determinadas.

Como iniciadores del derecho fueron los romanos los primeros en señalar normas, formalidades y ritos aplicables a la guerra.

En la Edad Media, gracias a los esfuerzos de la Iglesia, aparece poco a poco un derecho de gentes, que a pesar de ser frecuentemente violado, era de innegable utilidad. La Tregua de Dios que prohibía los combates en do-



GENERAL GABRIEL REBEIZ PIZARRO

SEPTIEMBRE 13 DE 1915

ENERO 22 DE 1967

mingo, se extendió al viernes y al sábado, al día de adviento, de cuaresma y de pentecostés. Su violación se castigaba con excomunión.

Grocio buscó una base natural y legal a las restricciones que debían imponerse a los beligerantes. Maquiavelo y Clausewitz consideraban la guerra como un instrumento de gobierno y con esta función la someten a las necesidades y objetivos políticos. Saint Simón y Augusto Comte opinan que las guerras desaparecerán de la industrialización, pero los tiempos contemporáneos van desmintiendo con terrible ironía esas predicciones. Para Marx y sus seguidores todos los conflictos armados han sido una guerra permanente de pobres contra ricos pero en la que las clases dirigentes desvían al pueblo sugiriéndole pasiones nacionalistas. Piensa también que las guerras han tenido todas por origen los antagonismos económicos.

Debemos agregar que ha habido no solo apologistas de la guerra, sino también sociólogos imbuídos de crueldad biológica por las tesis darwinianas de la lucha por la vida y la eliminación de los ineptos. Pero también es cierto que el empleo de la fuerza por la justicia y para la justicia se ha considerado por todas las gentes conforme con la moralidad.

Relación Guerra-Economía.

La primera relación notoria entre la guerra y la economía es la de que cada conflicto armado tiene su costo y los gastos deben comenzar desde el primer día de su preparación. No es posible hacer la guerra sin un capital disponible.

Como toda empresa económica, ella empieza con una acumulación de capital en moneda y materiales. Cada guerra tiene entonces problemas de financiamiento, de producción y acumulación. La solución clásica dada a esos

problemas fue la constitución de un tesoro de guerra que la mayoría de ciudades antiguas mantenían depositado en templos. La potencia militar de Atenas se aumentó bruscamente con el descubrimiento de las minas de plata de Laurio. Con los metales preciosos, que extrajo de sus colonias americanas, España pudo organizar una potencia militar para su política imperialista en Europa. El famoso tesoro de la Torre de Spandau y el tesoro de Menelik, enterrado al pie de su estatua conmemorativa fueron supervivencias del tesoro de guerra. Colombia pudo con éxito enfrentar el conflicto amazónico, con reducido ejército, escaso de equipo, porque guardaba en las arcas de sus bancos bastante más reservas de oro que los bancos de Lima.

Aún en nuestros días esa práctica subsiste bajo la forma de reservas metálicas o de divisas extranjeras. El volumen de esas reservas es el mejor instrumento de medida para identificar al verdadero vencedor de una guerra. La mayor parte del precioso metal se ha reunido en los sótanos de Fort-Knox donde constituye el tesoro de guerra de los Estados Unidos.

En la preparación económica de la guerra resaltan también los presupuestos militares. Todos los estados organizados destinan una parte de su renta nacional para mantener cierto número de combatientes y auxiliares, cuya tarea es hacer la guerra o mantenerse listos para hacerla. Vale la pena observar que la guerra juega un papel en la redistribución de las rentas contribuyendo a realizar el pleno empleo y el equilibrio económico. Los presupuestos militares están tan firmemente integrados a la existencia de los estados, que suprimirlos bruscamente presentaría graves problemas de desempleo y de mercados. En Colombia es conocida la diligencia y emoción con que se defiende o se pide un establecimiento militar en ciudades y poblaciones. No

por necesidades de defensa, ni tampoco por afecto a las actividades militares, sino por el negocio que representa alimentar determinado número de clientes soldados. El retiro de la OTAN dejó en Francia más de 10.000 familias sin medios de vida.

Teorías muy importantes consideran que todas las guerras tienen en su origen causas exclusivamente económicas, y que otros factores que puedan señalarse son nada más que motivos aparentes. Pero la palabra economía, por razón de la extensión que ha tenido su uso puede dar lugar a confusiones.

El hambre y el saqueo jugaron ciertamente un papel en los conflictos de las tribus primitivas, que como ciertas hormigas atacaron las colonias vecinas para robarles las reservas alimenticias. Como resultados de esas razzias aparecieron pueblos poseedores y pueblos desposeídos. Entre los primeros, la casta militar que dirigía las incursiones y la más favorecida con el botín, era la que establecía un orden dentro de su propia tribu dando origen con ello al primer barniz de civilización que necesariamente era militarista y rapaz. Pero precisamente por eso la guerra es una de las formas de evolución de la vida social: forma de evolución acelerada.

El militarismo aparece en todas las etapas sociales aunque no necesariamente como características de todas las formas de organización social. La noción de una Arcadia de paz en sociedades primitivas, que algunos idealistas quieren imaginar extendida al mundo, tiene muy endeble base en la arqueología y en la antropología.

El poder de la casta directora se reforzó y garantizó esclavizando a los vencidos como lo hicieron los Asirios, los Hititas y otros pueblos conquistadores. Pero en cuanto se mira a las civilizaciones complejas posteriores, la necesidad económica no aparece inmediata ni simplemente vital.

Las razzias o guerras coloniales de los países europeos no tuvieron ninguna razón ni causa económica; fueron guerras en busca de aventuras y emociones, como partidas de caza en busca de riquezas suplementarias o de ampliación de poder, pues la ambición de poder es en muchos hombres más grande que el apetito de riquezas. Cuando un país prefiere la producción de cañones y fusiles a la de mantequilla prepara una guerra de poder y no económica.

La experiencia histórica ha demostrado que es con superabundancia como los estados se muestran más agresivos, lo que es comprensible por que la guerra se prepara con los excedentes. Por que Roma era un pueblo rico fue por lo que logró conquistar el mundo entonces conocido. En la actualidad los dos estados más ricos del mundo mantienen el universo en permanente temor de apocalipsis. Las baladronadas de Cuba, que poco asustan, se respaldan en el poderío de la Unión Soviética.

La violencia entre los estados no es simplemente un acto de voluntad de los estados, pues ella exige para poder ejecutarse condiciones previas que son sus medios e instrumentos.

Cuando en un país hay superproducción y abundancia es por lo que se ve tentada a buscar, por medio de la guerra, consumidores para sus productos en países extranjeros. Desde el punto de vista de algunos escritores alemanes, en ambas guerras mundiales, Alemania buscaba el doble objetivo de conseguir mercados para sus productos manufacturados y de obtener las materias primas que faltaban en su territorio; eran entonces, al mismo tiempo, guerras de superabundancia de producción industrial y guerras de penurias de materias primas. Así vemos que la influencia de la economía en las guerras puede ser ambivalente o contradictoria.

Las consecuencias de la guerra pueden modificar profundamente la vida

y la estructura económica de las naciones. Las operaciones bélicas determinan un período de consumo de las reservas y de la producción acelerada para mantener el ritmo de los combates; y en casi todos los casos se presenta la obligación de terminar la guerra combatiendo a crédito y endeudando generaciones por venir. Como consumo de guerra también deben calificar las destrucciones, que es necesario restablecer al término de la guerra.

En otras formas la guerra cambia la vida económica pues modifica las inversiones, favorece el desarrollo de ciertas industrias, cambia la repartición de las rentas y el asiento de los capitales, modifica el carácter de los presupuestos públicos por razón de las pensiones, tributos, indemnizaciones y reparaciones.

Relación Guerra-Demografía.

Es tendencia de los tiempos actuales mecanizar todas las actividades, inclusive el pensamiento. La guerra no ha escapado a ese impulso; pero aún no se ha llegado a la etapa en que solo las máquinas combatan, y como no hay guerra sin homicidios, la demografía debe considerarse en la esencia misma de la guerra. Las máquinas de guerra se fabrican para matar hombres o reducirlos a la impotencia, y si se atacan las máquinas o instalaciones contrarias es para reducir o eliminar la matanza de los propios combatientes; pero sería una perfección de la guerra si se conviniera hacerla solo con robots, evitando injurias a la gente; y cuando los robots de uno de los bandos quedasen destruidos o inútiles, sus propietarios directores se rendirían incondicionalmente a la voluntad de quienes con máquinas vencieron a sus máquinas.

El aumento de la mortalidad es característica constante y general de las guerras. En todas ellas las pérdidas

consisten en la muerte o inutilización de hombres jóvenes y fuertes en la época de mayor capacidad para reproducirse; así, los países que combaten no solo pierden seres vivientes, sino que disminuyen su poder para reemplazarlos.

La naturaleza tiene en si misma medios para limitar el crecimiento excesivo de las especies, tales como epidemias, hambres, inundaciones, terremotos y en general todas las enfermedades, accidentales y tragedias contra las cuales la humanidad lucha por defenderse. Pero al mismo tiempo esa humanidad, al organizarse en sociedades ha creado voluntariamente instituciones destructoras entre las cuales la más eficiente es la guerra, a la que siguen algunas con menos efectividad, tales como la esclavitud, el infanticidio directo o indirecto, el monaquismo. Las mutilaciones sexuales, las drogas anticonceptivas y la pena de muerte con las demás represiones legales en cárceles, campos de concentración y de trabajos forzados que destruyen vidas y frenan el crecimiento de la población. Agreguemos, por último, los genocidios ordenados o consentidos desde los Faraones y Herodes hasta Hitler.

En la Arabia Anti-Islámica al Profeta le costó gran trabajo suprimir el infanticidio de las niñas recién nacidas, que era en su época una institución consuetudinaria. La falta actual de protección legal a la infancia, instituye el infanticidio indirecto en familias que carecen de medios para levantar los hijos. Cuenta Tavernier que en el siglo XVIII se hicieron 200.000 eunucos en el reino de Golconda. En la época contemporánea la esterilización autorizada u ordenada en algunos países de Europa central, es ni más ni menos que la mutilación sexual instituida.

Varios autores —Proudhon y Quitón entre otros— opinan que la guerra perfecciona la calidad de la especie por que selecciona los tipos; pero se tra-

taría de una selección al revés porque en la guerra perecen los hombres más vigorosos, más jóvenes y robustos, es decir, los mejores.

Es de reglamento en algunos países surtir las filas de combatientes con muchachos de 18 años; a tan corta edad, cuando legalmente aún se les considera niños, sin derechos ciudadanos que solo adquieren a los 21, el obligarlos a guerrear no es otra cosa que el infanticidio diferido.

Es conocido que los gobiernos belicosos fomentan la natalidad con abundante propaganda y premios para las familias numerosas. Ante la previsión de la guerra quieren procurarse abundante reclutamiento de soldados; pero esta multiplicación además de los impulsos belicosos provocados en el propio país por una juventud de naturaleza apetitosa y turbulenta, provoca en los vecinos desconfianza y prevención, porque para la guerra se calcula y se pesa con más cuidado el número de hombres que el de aviones, barcos, y cañones. China es temida y respetable más por sus centenares de millones de chinos que por sus armas nucleares.

Con los adelantos modernos en medicina, higiene y salubridad, se está multiplicando la especie humana de manera que alarma a los gobiernos, muchos de los cuales estimulan el empleo de anticonceptivos y procuran la emigración a las deportaciones que pueden también asimilarse a instituciones destructoras, pero más humanas, por que no son como la guerra deportaciones al otro mundo.

El desequilibrio entre la población y la economía tiende a poner en funcionamiento las instituciones destructoras, de las que la guerra no es sino un caso particular y no una consecuencia única y necesaria. Ante la actual explo-

sión demográfica mundial sólo el porvenir mostrará cuales de esas instituciones entrarán en mayor actividad.

Otras relaciones de la guerra.

La guerra como fenómeno social tiene también relaciones con la política, la diplomacia, la etnografía, la sicología, la religión que merecen ser examinadas, pero cuyo estudio alargaría considerablemente una exposición que solo pretende mostrar una forma de analizar la guerra distinta de los estudios de las escuelas militares, donde se le trata como arte para ejercitar y para perfeccionar.

En la competencia por disponer de los más eficaces y mejores instrumentos de guerra, las grandes potencias buscan y se disputan —llegando hasta el secuestro— la posesión de sabios y científicos a quienes procuran todos los medios para que ensayen e investiguen a fin de conseguir aparatos de destrucción cada vez más eficientes.

Si la paz universal y permanente se considera como un ideal humano, que debe alcanzarse no solo en la otra vida sino también mientras vivamos en la tierra, lo indicado sería reunir los sabios y científicos y ponerlos a estudiar y analizar la guerra por todos sus aspectos y relaciones, no para que la hagan cada vez más cruel y destructiva, sino en busca de la manera de eliminarla. Quizás en la Organización de las Naciones Unidas, que tiene varios organismos especializados para preservar y mejorar la vida, cabría uno más, donde esos super-hombres dieran rienda suelta a su afición investigativa en dirección contraria, y en lugar de preparar la guerra buscaran medios y procedimientos de evitarla. Entonces la organización encargada de mantener la paz podría, en esa fuente, recoger información realmente analítica para en cada caso orientar sus decisiones.